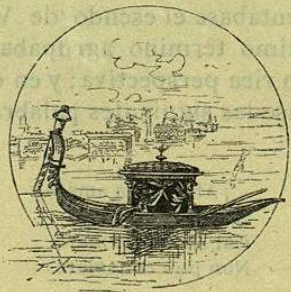


Los curiosos que contemplaban aquella pintura preguntábanse si el artista había querido reproducir un hecho y personajes históricos, ó si su hermosa creación era sólo hija de su fantasía. Un hombre de aspecto grave se acercó a un grupo en que la discusión se animaba, y dijo con acento solemne:

—Señores, á veces sucede que un artista traslada al lienzo su inspiración tal como el cielo se la envía; después, cuando ha concluído su obra, el asunto que representa puede no ser á los ojos de algunos más que una vaga concepción poética; pero á los de otros, reproduce un hecho ó una escena de la vida ó de la historia. Acaso el mismo Kolbe ignore que ese cuadro recuerda con notable exactitud al Dux Marino Faliero y á su esposa, la infeliz Annunziata.

Al oír estas palabras, y como guardase silencio, los que le escuchaban rogáronle que refiriese alguna cosa de aquella historia; volvió á tomar la palabra y refirió los acontecimientos que acabamos de narrar.

Cuando terminó su relato, los que le habían escuchado permanecieron largo tiempo inmóviles ante la obra maestra de Kolbe: el pensamiento del pintor se había revelado en toda su fuerza. Ese cuadro es una página histórica que evocará mejor que un poema el melancólico recuerdo de Annunziata.



## LA PUERTA TAPIADA



## LA PUERTA TAPIADA

I

**A**ún se pueden ver junto á las solitarias orillas de cierto lago del Norte, las ruinas de un antiguo castillo conocido con el nombre de R...sitten; áridos brezos salvajes le rodean por todos lados; una extensión de agua profunda y tranquila, de color plumizo, limita el horizonte por una parte, y por la otra divisase un vasto pinar, cuyos árboles seculares, vistos á través de la bruma, parecen con sus negras ramas una legión de espectros alargando sus descarnados brazos. El cielo tiene allí siempre un cariz sombrío y melancólico, y sólo se ven aves de aspecto fúnebre; pero un cuarto de legua más allá de este triste paisaje todo cambia, y el viajero divisa de pronto un alegre pueblecillo en medio de floridas praderas; en su extremidad hay un bosque, y á corta

distancia de éste enséñanse los cimientos de cierto castillo que uno de los señores de R...sitten se proponía erigir en aquel oasis. Sus herederos renunciaron á continuar las obras comenzadas, y el barón Roderico de R, resignándose á compartir con las aves nocturnas el castillo patrimonial, no se ocupó en llevar á cabo la construcción de la morada de recreo proyectada por sus antecesores. Habíase limitado á reparar las partes más ruinosas del viejo castillo, para albergarse lo mejor posible con algunos criados tan taciturnos y poco comunicativos como su señor; pasaba el tiempo cabalgando por las orillas del lago, y rara vez se presentaba en el pueblo, donde tan solo su nombre servía para amedrentar á los niños. En la torre del vigía, Roderico había mandado construir una especie de mirador, y allí depositó todos los instrumentos de astronomía conocidos entonces. Á menudo pasaba días y noches en compañía de un anciano intendente que participaba de todas sus extravagancias. En el país se aseguraba que Roderico poseía grandes conocimientos en todo lo referente á la magia, y algunos llegaban hasta á decir que se le había expulsado de Curlandia por tener abiertamente relaciones ilícitas con el espíritu maligno.

Roderico profesaba un cariño supersticioso á la mansión señorial de su familia, y tuvo la idea de constituir la propiedad en mayorazgo para devolverle su importancia; pero ni Huberto, hijo del barón, ni el dueño actual del mayorazgo, que tenía el mismo nombre de su abuelo Roderico, se avinieron á seguir el ejemplo de su pariente, y en vez de residir como él en las ruinas de R...sitten, habíanse trasladado á sus dominios de Curlandia, donde el género de-vida era más cómodo y menos triste.

El barón Roderico tenía á su cuidado dos hermanas de su padre, á las cuales daba hospitalidad; esas dos

damas tenían á su servicio una mujer anciana, y todas tres se habían albergado en un ala del castillo. Las cocinas estaban en el piso bajo, y una especie de palomar ruinoso servía de habitación á un viejo cazador que hacía las veces de guardián; los demás criados se alojaban en el pueblo con el intendente. Todos los años, hacia fines del otoño, interrumpíase el lúgubre silencio que pesaba sobre el castillo como una losa de plomo; las trahillas de perros atronaban con sus ladridos el patio de aquella triste mansión, y los amigos de Roderico tomaban parte alegremente en las cacerías con que se les obsequiaba, pues podían matar muchos lobos y jabalies. La fiesta duraba seis semanas, y en este tiempo el castillo parecía una posada abierta para cuantos pedían hospitalidad. Por lo demás, el barón Roderico no descuidaba nunca sus deberes de soberano; dispensaba justicia á sus vasallos, y secundábale en esa parte de sus atribuciones el abogado V\*\*, en cuya familia se había conferido siempre al jefe, de padre á hijo y desde tiempo inmemorial, el cargo de Justicia de R...sitten.

En el año 179..., el digno abogado, cuya venerable cabeza contaba ya más de sesenta inviernos, díjome cierto día con una sonrisa bonachona:

—Primo (yo era su sobrino, pero me llamaba primo porque teníamos el mismo nombre de pila), tengo deseos de llevarte á R...sitten; el viento del Norte, el frío de las aguas y las primeras heladas comunicarán á tus órganos un poco de vigor; y una vez allí, podrás prestarme más de un servicio redactando los informes judiciales, cuyo número aumenta más y más cada año; al mismo tiempo aprenderás á cazar, lo cual será para ti un recreo agradable.

Sólo Dios sabe cuánto me regocijó esta proposición. Al día siguiente viajábamos ya en una buena berlina, bien abrigados con espesas pieles, recorriendo un país

que cada vez era más agreste según avanzábamos hacia el Norte, á través de montañas cubiertas de nieve y de interminables pinares. Durante el viaje, mi tío me refirió varias anécdotas de la vida del barón Roderico; hablóme de las costumbres y aventuras del antiguo soberano de R...sitten, y se quejó de que el barón, joven que había tenido siempre un carácter dulce y la salud muy delicada, se hubiese aficionado á un género de vida salvaje. Por lo demás, advirtióme que podía estar en el castillo á mis anchas, y me describió el alojamiento que ocuparíamos, el cual comunicaba por un lado con la antigua sala de audiencias del señor, y por el otro con la habitación de las dos damas de quienes he hablado. Á cosa de media noche llegamos al territorio de R...sitten.

El pueblo estaba de fiesta: en la casa del intendente, iluminada de arriba abajo, resonaba la música del baile, y la única posada de la localidad estaba llena de alegres convidados. Muy pronto penetramos en el camino, ya casi impracticable y oculto bajo la nieve; el viento arremolinaba las aguas del lago y hacía crujir con siniestro rumor las ramas de los pinos; en medio de una especie de inmenso sudario destacábase la silueta del castillo, y en su interior reinaba un silencio de muerte; de sus ventanas en forma de troneras no salía la menor claridad.

—¡Hola, Franz, hola!—gritaba mi tío—abre pronto, porque la nieve nos hiela y necesitamos un buen fuego para reanimar las fuerzas...

Un perro mastín contestó primero al llamamiento; después oímos que alguien se movía; el reflejo de una antorcha disipó las sombras; varias llaves rechinaron en sus cerraduras, y el anciano Franz nos saludó diciendo:

—Guárdeos Dios, señor Justicia; sed bien venido; este tiempo es infernal.

Franz, vistiendo la librea, demasiado ancha para su flaco cuerpo, tenía una figura de las más grotescas en aquel instante; la expresión de sus facciones, surcadas de arrugas, era verdaderamente estúpida, pero su fealdad podía echarse en olvido gracias á su amable acogida.

—Mi digno señor—dijo Franz—no ha preparado nada para recibirnos; las habitaciones están heladas y las camas no se han arreglado; el viento penetra por todas partes á través de los cristales rotos, y no se puede estar aquí ni aun con fuego...

—¡Cómo se entiende, bergante!—exclamó mi tío sacudiendo la nieve adherida á sus pieles.—Tú eres el guardián de esta barraca y debías prepararlo todo en tiempo oportuno. ¿Quieres decir que mi cuarto está inhabitable?

—Así es poco más ó menos—replicó Franz inclinándose profundamente, sin duda porque yo acababa de estornudar;—la habitación del señor Justicia está ahora llena de escombros, porque hace tres días que el suelo de la sala de audiencias se hundió por efecto de una sacudida espantosa.

Mi tío iba á renegar como un condenado, pero contúvose de pronto, volvióse hacia mí tapándose las orejas con su gorro de piel de zorra, y me dijo:

—Primo mío, nos arreglaremos como mejor podamos, pero ante todo te ruego que no hagas pregunta alguna sobre ese maldito castillo, pues tal vez nos dijeran cosas cien veces peores que las que acabamos de oír.

—Muy bien—prosiguió dirigiéndose de nuevo á Franz—¿no podrías prepararnos cualquier otra habitación?

—Nos hemos anticipado á vuestros deseos—replicó vivamente el anciano servidor.

Así diciendo, nos hizo seña para que le siguiéramos,

y condújonos por una empinada escalera á una galería, donde la luz del hacha que Franz llevaba comunicó á los menores objetos fantásticas formas. Llegados á la extremidad de aquel largo pasadizo, que tenía muchas vueltas y numerosos ángulos, Franz nos hizo cruzar por varias salas húmedas sin mueble alguno; después abrió la última puerta y nos introdujo en un salón, donde se oía chisporrotear el fuego en una inmensa chimenea. Esto me puso de buen humor; pero mi tío, deteniéndose en medio de la habitación, paseó á su alrededor una mirada inquieta y preguntó con voz grave, casi temblorosa:

—¿Es por ventura esta sala la que ha de servir en adelante para las recepciones?

Franz se adelantó hacia el fondo de la estancia como si no hubiera oído, y al resplandor de la luz distinguimos en la pared un espacio blanco cuya forma y dimensiones indicaban una puerta tapiada.

El fiel servidor se apresuraba á preparar todo cuanto necesitábamos; muy pronto puso los cubiertos en la mesa, y después de cenar bastante bien, mi tío hizo arder el contenido de una ponchera, muy propio para hacernos conciliar el sueño. Terminado su servicio, Franz se retiró discretamente: la luz de dos bujías y el resplandor del fuego ya moribundo iluminaban de mil caprichosas maneras los adornos góticos de la sala donde nos hallábamos; los cuadros que cubrían las paredes representaban cacerías y escenas belicosas, y los vacilantes fulgores del fuego parecían comunicar vida y movimiento á todas aquellas pinturas, entre las cuales fijé la atención en varios retratos de familia de tamaño natural, que sin duda representaban á los individuos más notables de la familia de R... sitten. La vacilante luz de las bujías hacía resaltar más el espacio blanco de la pared, que al entrar habíamos observado: yo supuse tan sólo que allí debía haber en otro tiempo

una puerta de comunicación, que se condenaría más tarde sin tomarse nadie la molestia de ocultar aquel trabajo de albañilería con una capa de pintura semejante á la de la habitación. Prescindiendo de esto, mi espíritu se inclinaba en aquel momento más en favor de los sueños que de las realidades, y así es que poblé al punto el castillo de apariciones extraordinarias, figurándome que ya las tenía. La casualidad quiso que encontrase en un bolsillo una obrita que en aquella época solían llevar siempre los jóvenes, titulada *El Visionario* de Schiller, cuya lectura aumentó la actividad de mi imaginación. Ya estaba medio alucinado por el conjunto de aquella sala, cuando me pareció oír pasos ligeros, como de una persona que cruzase por la estancia; escucho atentamente, y percibo un gemido sordo, que se repite después de un intervalo de silencio; un momento después, figúrome que arañan detrás del espacio blanco que parece una puerta condenada...

—No hay duda; es algún pobre animal que está encerrado allí, y pienso que el ruido cesará si golpeo el suelo con el pie, ó que el prisionero dejará oír su voz con más fuerza; pero ¡oh terror! el sér desconocido sigue arañando al parecer con más rabia. Mi sangre se hiela en las venas, asáltanme las ideas más extravagantes, y quedo clavado sin movimiento en la silla, al tiempo que cesa el ruido misterioso y oigo de nuevo los pasos. Entonces, levantándome, cual movido por un resorte, me adelanto hacia el fondo de la habitación, apenas iluminada por moribunda luz: de improviso, una corriente de aire helado me enfría el rostro, y en el mismo instante un rayo de luna, atravesando las nubes ilumina con pálido fulgor un retrato de hombre de arrogante aspecto; mientras que á mi alrededor, algunas voces que no tienen nada de humano, murmuran las siguientes palabras, semejantes á un gemido: «¡No más lejos; vas á caer

en el abismo del mundo invisible!» El ruido de una puerta que se cierra con violencia hace retremblar en aquel instante la sala donde me hallo; oigo distintamente correr por la galería; los pasos de un caballo resuenan en el suelo del patio; el rastrillo se eleva, alguno ha salido y vuelve á entrar casi al punto. ¿Es bien positivo todo esto, ó es solamente un sueño de mi espíritu delirante? Mientras lucho con mis dudas, oigo á mi tío suspirar en la habitación contigua; no sé si está despierto, pero cojo la luz, entro, y á la primera ojeada reconozco que le acosa alguna pesadilla cruel. Al cogerle de la mano, despiértase y profiere un grito, pero pronto me reconoce. «Gracias, primo, me dice; en este instante era presa de un mal sueño, sin duda por la impresión que me produce este alojamiento y por el recuerdo de ciertas cosas que en otro tiempo he visto; pero ¡bah! más vale conciliar el sueño otra vez y no pensar en el pasado.» Al pronunciar estas palabras, cubrióse bien con la colcha, se tapó la cabeza con la sábana, y me pareció que volvía á dormirse; mas cuando llegué á mi lecho oí al buen hombre murmurar una oración, y maquinalmente hice lo mismo.

Al día siguiente á primera hora comenzamos á ejercer nuestras funciones: al mediodía acompañé á mi tío á visitar á las damas, después de haber sido anunciados por Franz; y al cabo de largo rato, una anciana jorobada, con vestido de seda, nos introdujo en el salón. Las dos castellanas vestían á la antigua, y miráronme con cierta sorpresa que me habría hecho soltar la carcajada si mi tío no se hubiese apresurado á decirles que yo era un joven legista, pariente suyo, que había venido á R...sitten para prestarle mi ayuda. El rostro de aquellas dos antiguallas femeninas se prolongó; su expresión parecía indicar que no tenían mucha confianza en mi porvenir, y desde aquel momento la visita fué para mí por demás desagradable;

hallábame aún dominado por la impresión de los incidentes de la pasada noche, y estaba muy dispuesto á no ver sino brujas bajo los oropeles con que se habían engalanado, como pendones de iglesia, las dos damas de R...sitten. Sus figuras fantásticas, sus ojillos ribeteados de rojo, su nariz puntiaguda y su voz gangosa, sólo podían pertenecer legítimamente á seres del otro mundo.

En la noche de este primer día hallábame con mi tío en nuestro cuarto; y con los pies apoyados en los hierros de la chimenea, é inclinada la cabeza sobre el pecho, estaba entregado á mis reflexiones.

—¿Quién diablos te ha embrujado desde ayer?— preguntóme de pronto el buen hombre:— no comes ni bebes, y por tu aspecto pareces un enterrador...

No me pareció conveniente ocultar á mi tío la causa de mi malestar; y después de escucharme con la mayor atención, díjome con cierta gravedad:

—Es extraño; yo he visto en sueños todo cuanto me dices; un hediondo fantasma penetraba en la habitación, arrastrábase hasta la puerta condenada, y arañaba con tal furia, que sus dedos se hacían pedazos; después bajó por la escalera, hizo salir un caballo y volvió casi en seguida... Entonces fué cuando tú me despertaste, y al volver en mí me sobrepuse al secreto horror que siempre producen las relaciones con el mundo invisible.

No me atreví á preguntar nada al anciano, y como éste lo echase de ver, añadió:

—Primo, ¿tendrías tú valor de esperar junto á mí esta noche, con los ojos abiertos, la próxima visita del fantasma?

Yo acepté resueltamente la proposición.

—Pues bien— continuó— luego veremos. Tengo confianza en el piadoso motivo que me induce á luchar contra los genios maléficos de esta morada; y cual-

quiera que sea el resultado de mi proyecto, quiero que presencias todo cuanto ocurra, para que puedas dar fe. Dios mediante, espero romper el encanto que tiene alejado de este dominio á los herederos de R...sitten; pero si perezco en la demanda, cuando menos me habré sacrificado por la más santa de las causas. En cuanto á ti, primo mío, estarás presente, y yo te aseguro que ningún peligro te amenaza, porque el espíritu malo no tiene fuerza alguna sobre ti.

Franz nos sirvió, como la vispera, una cena excelente y un bol de ponche, y después se retiró. Cuando quedamos solos, el astro de la noche brillaba en su plenilunio con vivo fulgor; oíase el mugido del viento en el bosque, y á cada momento los vidrios retemblaban en sus marcos de plomo. Mi tío había puesto sobre la mesa un reloj de repetición, que al cabo de algún tiempo señaló las doce... En el mismo instante, abrióse la puerta con ruido, y resonaron de nuevo los pasos que yo oí la noche anterior; mi tío palideció, pero levantóse sin vacilar, y volviéndose hacia el lado de donde provenía el rumor, apoyó la mano izquierda en la cadera y extendió el brazo derecho en actitud heroica. Al ruido de los pasos siguieron algunos sollozos, y después se oyó arañar con fuerza la puerta tapiada. Entonces mi tío avanzó hasta allí, y exclamó en alta voz:

—¡Daniel, Daniel! ¿Qué haces aquí á estas horas?

Un grito doloroso contestó á estas palabras, y luego se oyó el ruido de un cuerpo pesado al caerse.

—¡Pide gracia al pie del trono de Dios!—añadió mi tío con una voz que se animaba cada vez más;—y si Dios no te perdona, retírate de estos sitios, donde no hay lugar para ti...

Un prolongado sollozo se perdió fuera entre los silbidos del viento; mi tío volvió lentamente á ocupar su sitio; tenía una expresión inspirada, y después de co-

locarse delante del fuego, con las manos unidas en actitud de súplica, parecióme que oraba.

—Y bien, primo—díjome algunos momentos después—¿qué piensas de todo esto?

Poseído de temor, y con la mayor veneración, arrojéme á los pies de mi tío y le besé la mano; pero él me atrajo hacia sí, y estrechándome contra su corazón añadió:

—Vamos á descansar ahora, pues ya está restablecida la calma.

En efecto, nada perturbó ya mis sueños; desde el día siguiente recobré la alegría, y más de una vez á expensas de las viejas baronesas, que á pesar de sus ridiculeces no dejaban de ser buenas.

Poco tiempo después de nuestra instalación, el barón Roderico llegó á R...sitten con su esposa y su tren de campaña para las cacerías: los convidados afluían por todas partes al castillo, que muy pronto adquirió cierto aire de fiesta. Cuando el barón vino á vernos, mostróse muy contrariado por el cambio de alojamiento de mi tío; al mirar la puerta condenada, sus ojos tomaron una expresión sombría, y se pasó la mano por la frente, como para alejar un recuerdo penoso. Después reprendió con la mayor severidad á Franz por habernos alojado tan mal, y rogó á mi tío que dispusiera á su antojo de aquella mansión como si fuese su casa propia. Yo observé que la conducta del barón con mi tío no sólo era muy cortés, sino que revelaba una especie de respeto filial, lo cual podía inducir á suponer entre ellos relaciones más íntimas de las que el mundo veía. En cuanto á mí, no se me hacía partícipe de aquellas muestras de cordialidad; el barón se mostraba conmigo cada vez más altanero, y á no ser por la intervención protectora de mi tío, nuestra mala inteligencia se hubiera podido traducir por algún altercado ó escena desagradable.